

ÍNDICE

Esa adicción.....	9
por Carlos Boyero	
Los cigarrillos son sublimes	11
Prefacio	13
Agradecimientos.....	19
Introducción	21
I ¿Qué es un cigarrillo?.....	43
II Los cigarrillos son sublimes	69
III La paradoja de Zeno	93
IV El diablo en Carmen	119
V El amigo soldado	149
VI “L’air du temps”	173
VII Una conclusión polémica	195
Notas	207
Bibliografía	215
Índice onomástico	219

LOS CIGARRILLOS SON SUBLIMES
RICHARD KLEIN

EXTRACTO

*La vida es un cigarrillo,
hierro, ceniza y candela,
unos la fuman deprisa
y algunos la saborean.*

MANUEL MACHADO,
El cante jondo

Al escribir este libro me propongo ensalzar los cigarrillos, pero en modo alguno incitar a su consumo. Tampoco pretendo censurarlo. De ser así no lo habría dicho directamente (es decir, no lo habría censurado, mencionando que se trataba de una censura), basándome en el principio —que es una de las conclusiones de este libro— de que el hecho de condenar abiertamente el consumo de cigarrillos por lo general no produce el efecto deseado, sino que consigue justamente lo contrario de lo que pretende: en ocasiones afianza aún más el hábito y tal vez sirve para iniciarlo. Para muchos, en lo tocante al tabaco, la censura sólo sirve para seguir fumando. A otros, puede inducirles a empezar a fumar.

El corolario de esta conclusión es que no basta con saber que los cigarrillos son nocivos para tomar la decisión de no fumar. Los efectos nocivos del tabaco se conocen desde su llegada a Europa, a finales del siglo XVI. Desde comienzos del siglo XIX se sabe que el alcaloide de la nicotina, administrado en estado puro a las ratas y en dosis mínimas, produce su muerte instantánea. A ningún fumador le pasan inadvertidas las señales que el cuerpo emite con creciente urgencia a medida que envejece: en realidad, es muy posible que todos los fumadores intuyan que se trata de un veneno desde que experimentan los violentos efectos del primer cigarrillo, y tal vez constaten esta primera impresión a diario, con las primeras caladas del primer cigarrillo del día. Pero, por lo general, a nadie le

basta con conocer los efectos nocivos del tabaco para dejar de fumar o no empezar a hacerlo; antes al contrario, saber que es perjudicial parece una condición previa para adquirir y afianzar el hábito del cigarrillo. De hecho, se podría argumentar que muy pocas personas fumarían si el tabaco fuese realmente saludable, suponiendo que tal cosa fuera posible. Así pues, el corolario es que, si los cigarrillos fuesen buenos, no serían sublimes.

Los cigarrillos no son realmente hermosos, pero son sublimes por su deliciosa capacidad para proporcionar lo que Kant llamaría “un placer negativo”: un placer de oscura belleza, inevitablemente doloroso, que surge de la percepción de la eternidad; el sabor de infinitud del cigarrillo reside precisamente en ese “mal gusto” que el fumador aprende a amar rápidamente. Puesto que son sublimes, los cigarrillos resisten por principio cualquier crítica dirigida desde la perspectiva de la salud y la utilidad. Advertir a los fumadores o a los neófitos de los peligros implícitos en el tabaco les empuja aún más hacia el borde de ese abismo en el que, como un viajero ante un paisaje suizo, se estremecen por la sutil grandeza de las perspectivas de mortalidad que entrañan los pequeños horrores contenidos en cada calada. Los cigarrillos son malos. Por eso son buenos; no son buenos, no son hermosos, pero son sublimes.

Alcohólicos Anónimos descubrió hace mucho tiempo las limitaciones de la idea de que un simple acto de voluntad, como respuesta a una orden imperiosa procedente de uno mismo o de una autoridad externa, bastaría para que un alcohólico dejase de beber. La creencia de que uno “sencillamente puede decir No” entraña precisamente la ilusión que motiva a la persona que tiene un hábito. Un hábito lleva consigo la creencia eternamente repetida de que uno tiene el suficiente dominio de sí mismo para dejarlo, bruscamente, en cualquier momento: pensar que uno puede dejarlo es la principal condición para continuar.¹

Decir No, una y otra vez, mientras se sigue fumando, se convierte en el objetivo que motiva, en el doloroso placer del héroe de Italo Svevo en *La conciencia de Zeno* (1923). Zeno se pasa la vida alimentando la ilusoria creencia de que es capaz de fumar “el último pitillo”. Pero el último siempre resulta ser otro, uno más en la serie de últimos cigarrillos. Tomados en conjunto, los cigarrillos conforman la narración de la paradójica existencia de Zeno, y actúan como hitos que señalan el paso del tiempo y las diversas fases de esa vida nada heroica pero dotada de una extraña elegancia. Ese continuo intento de dejar de fumar le lleva a no hacer nada

más que fumar, hasta que en el último capítulo, siendo ya viejo, Zeno descubre un ingenioso medio de curación.

Para entrar en este juego de palabras es necesaria una nueva estrategia –más paradójica, más hipócrita–: no pretender disuadir de fumar, para, en realidad, disuadir. Al no condenar el tabaco, este libro puede tener un efecto positivo, es decir, negativo. Puede ocurrir que los fumadores, tras la lectura de este libro, que ensalza los cigarrillos por sus beneficios sociales y culturales, por su aportación al trabajo y a la libertad, por la eficacia que estimulan, por el consuelo que ofrecen, por la oscura belleza que añaden a las vidas de los fumadores, tal vez vean su hábito con otros ojos. Un cambio de perspectiva a veces favorece el primer paso –tal vez sea la condición previa– para acabar definitivamente.

Mas para dejar de fumar tal vez no baste con un simple cambio de perspectiva. Hace falta algo más: un compromiso activo, una declaración de amor. Tal vez sólo dejamos de fumar cuando empezamos a amar los cigarrillos, cuando llegamos a estar tan enamorados de sus encantos y tan agradecidos por sus beneficios, que finalmente comenzamos a vislumbrar qué gran pérdida representa dejarlos, cuán urgente es hallar sustitutos para algunas de las seducciones y los poderes que tan magníficamente reúnen los cigarrillos.

Este libro parte de la premisa de que los cigarrillos, aunque nocivos para la salud, son un magnífico y hermoso instrumento civilizador y una de las más gloriosas aportaciones de América al mundo. Visto así, el acto de dejar de fumar debería considerarse no sólo como una afirmación de la vida, porque la vida no es simplemente existir, sino como una ocasión luctuosa. Al dejar de fumar tenemos que lamentar la pérdida de algo –io de alguien!– inmensamente, intensamente hermoso, tenemos que llorar la desaparición de una estrella. Escribir este elogio de los cigarrillos fue la estrategia que ideé para dejar de fumar, cosa que he conseguido definitivamente; así pues, este libro es al mismo tiempo una oda y una elegía a los cigarrillos.

No es fácil ensalzar los cigarrillos hoy en Estados Unidos. Nos encontramos en una de esas fases cíclicas de represión durante las cuales la cultura heredada de los puritanos impone a la sociedad su histórica visión del mundo, cargándola de sentimientos de culpa, legislando juicios morales so pretexto de velar por la salud pública, y ampliando constantemente el poder de vigilancia y el alcance de la censura para

restringir las libertades de modo general. La presente histeria desatada contra los cigarrillos puede compararse con otros periodos de antitabacismo en este país; contrasta vivamente con otras épocas de la historia de Estados Unidos en las que tuvieron lugar importantes movilizaciones; por ejemplo, en tiempo de guerra, cuando los cigarrillos eran no sólo necesarios para sobrevivir (el general Pershing escribió que eran tan vitales para sus tropas como la comida), sino para vivir mientras se sobrevivía, pues la supervivencia podía ser breve. El hecho de fumar cigarrillos en época de guerra o en periodos de depresión económica no sólo se aprobaba como un placer sino que se consideraba casi como un deber consustancial al principio de camaradería y a la necesidad de consuelo frente a la tragedia. También se admitía como prueba de la seriedad de un adulto. En tales periodos, el hábito de fumar se admiraba, se alababa y se fomentaba. Cuando la sociedad necesitaba más soldados (civiles y militares, hombres y mujeres), fumar pasaba a ser no sólo loable sino también patriótico. En 1920, inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, cuando algunos grupos contrarios al tabaco reaparecieron valerosamente en Indiana para relanzar su campaña —los mismos cuyos triunfos llevaron a veintiséis estados en la década de 1890 a prohibir fumar en público—, fueron procesados bajo la acusación de... itraición!

La historia del gran romance de Estados Unidos con los cigarrillos está siendo despreciada, incluso ocultada, actualmente. Las aportaciones del tabaco al continente americano, desde mucho antes de que Colón lo llevase a los ávidos europeos, dieron lugar a ese eslogan, tan repetido hace años, que los estadounidenses corren el riesgo de ser los primeros en olvidar: “El tabaco es americano”. Y fue América, personificada en James B., Duque de Durham, quien universalizó el hábito de fumar cigarrillos, ofreciendo al mundo entero algo que, al principio, fue sólo un privilegio de clase y que Pierre Louÿs, en 1896, llamaba “*une volupté nouvelle*”: el único progreso decisivo sobre el conocimiento del placer que la cultura moderna europea ha logrado sobre la Antigüedad.²

La honestidad intelectual, cuando menos, nos exige explorar las fuentes de eso que Jean Cocteau llama el “poderoso atractivo” de un paquete de cigarrillos. Cocteau, que es un ilusionista, escribe en la tortuosa parataxis de un humeante prefacio: “*Il ne faut pas oublier que le paquet de cigarettes, le cérémonial qui les en sort, allume le briquet, et cet étrange nuage qui nous*

pénètre et que soufflent nos narines, c'est par des charmes puissants qu'ils ont fait la conquête du monde" [No debemos olvidar que el paquete de cigarrillos, la ceremonia de extraerlos, encender el mechero,³ y esa extraña nube que penetra en nosotros y sale por nuestra nariz, ha seducido y conquistado al mundo con su poderoso atractivo.] (Cocteau i).⁴ Cocteau alude aquí a la magia seductora que los cigarrillos ejercen en todas partes, entre todas las clases sociales, en cualquier medio; no hay sociedad, por fanáticos que sean sus valores y exóticas sus costumbres, que no haya sucumbido al peligroso atractivo de los cigarrillos, al riesgo salvaje y seductor que su belleza entraña. No hay ningún lugar en el mundo donde la gente no fume, si tiene permiso para hacerlo.

Resulta tentador imaginar que Estados Unidos, el país que dio los cigarrillos al mundo, sea también el primero en prohibir el tabaco, aunque no el primero en intentarlo. Sin embargo, a finales del siglo pasado la gente auguraba el inminente fin del hábito de fumar cigarrillos, de modo que tal vez sea prematuro predecir ahora su desaparición. Es mucho más probable que nos encontremos en el momento culminante de uno de esos movimientos cíclicos de fomento y prohibición del tabaco que decretan su represión o su regreso, un ciclo que ya se ha repetido en varias ocasiones a lo largo del siglo xx. Eso sugiere que más tarde se producirá un cambio en sentido contrario; el fuerte aumento del consumo de tabaco entre determinados sectores de la población, frente a su descenso generalizado, nos lleva a preguntarnos qué destino aguarda al movimiento anti-tabaco en situaciones de crisis económica o social.

Pero supongamos, lo cual es bastante improbable, que el hábito de fumar cigarrillos desapareciese en Estados Unidos. ¿Se perdería algo con ello? Si miles de millones de personas han consumido miles de millones de cigarrillos en los últimos cien años, es porque fumar debe de tener alguna ventaja: al menos una ventaja perceptible. Si el hábito de fumar desapareciese mañana, no sólo se perdería algo útil (aunque quedaría compensado por el enorme beneficio que supondría para la salud en general), sino que también se extinguiría cierto tipo de experiencia que el tabaco ha hecho posible. Tal vez sólo cuando el consumo de cigarrillos desaparezca descubriremos el lugar que éstos ocupan en la fantasía colectiva: los mitos y los sueños, el consuelo y la intensificación, las intuiciones y las delicias que ha producido. ¿Y siuviésemos que escribir un adiós a los cigarrillos?

Según la fórmula de Cocteau, los atractivos rituales del tabaco “han conquistado el mundo”. Esta metáfora militar, que connota seducción, lleva implícitos los dos principales aspectos del consumo de cigarrillos, cuya alianza permanente queda directamente ilustrada por las dos marcas de cigarrillos más populares en Francia, Gauloises y Gitanes: el “poderoso atractivo” del riesgo y la belleza están representados en las figuras del Soldado y la Gitana. La expresión “*charmes puissants*” evoca inconfundiblemente en un oído francés el “*puissant dictame*” de la pipa en el famoso poema de Charles Baudelaire titulado “La pipa”, que “hechiza el corazón [del fumador] y libera su espíritu de fatigas” (Baudelaire, vol. I, 67). Baudelaire daba al tabaco la belleza de sus mujeres, cuya fascinación y seducción poseía encantos poéticos: consolar y deleitar el corazón, además de revivir el espíritu e infundirle valor. El poeta francés Paul Valéry dio el nombre de *Charmes* a un volumen de poemas, con la intención de dotarlos de poderes mágicos: producir efectos materiales de transformación a distancia mediante la manipulación de los textos. También pretendía que el título evocara la palabra *carmen*, nombre latino de poema, en particular de un poema cantado. Valéry, un hombre enamorado de los cigarrillos –fumaba sesenta al día–, tal vez pensaba también en la seducción de la gitana Carmen, que es la primera figura literaria que se identifica con los cigarrillos.

Cuando la heroína gitana de Bizet conoce a su amante soldado, Don José, ella es una de las cigarreras que trabajan en la fábrica de Sevilla, donde transcurre la famosa escena del primer acto de la ópera. La Sevilla de *Carmen*, no por accidente, era en el siglo XIX el principal centro tabaquero de Europa, una ciudad famosa por su inmensa fábrica, donde miles de mujeres, muchas de ellas jóvenes y medio desnudas, enrollaban lánguidamente los cigarros y fabricaban cigarrillos en medio de un calor sofocante y una atmósfera envenenada por el olor a tabaco y sudor humano, intoxicada por los densos efluvios de las hojas y los cuerpos, y por el continuo fumar; la piel de estas mujeres tenía un delicioso tono avellanado, producido por las manchas de nicotina.

En la *Carmen* de Prosper Mérimée, novela en la que está basado el libreto de George Bizet, Don José comienza su narración del encuentro con Carmen describiendo la fábrica de tabacos de Sevilla:

Ha de saber, señor, que hay fácilmente cuatrocientas o quinientas mujeres trabajando en la fábrica. Son ellas quienes enrollan los

cigarros en una gran sala a la que los hombres no pueden entrar ni siquiera con permiso del Veinticuatro, porque las mujeres están medio desnudas [*elles se mettent à leur aise*], sobre todo las jóvenes, en la época de calor. Cuando las trabajadoras regresan, después del almuerzo, muchos jóvenes salen a verlas y les cuentan toda clase de historias. Son pocas las que rechazan una mantilla o un tafetán, y los amantes de este tipo de pesca no tienen más que inclinarse para coger su pez.

En el acto primero de la ópera, las cigarreras salen de la fábrica “fumando cigarrillos y llegan lentamente a la plaza” (Bizet 10). Su coro celebra las evocaciones amorosas de ese humo perfumado, que asciende dulcemente, dibujando garabatos en la intrincada sintaxis de su turbulenta articulación. El cigarrillo se convierte en un poema de amor que las cigarreras escriben incesantemente y que se escribe a sí mismo a lo largo del día. Ésta es la dulce melodía que cantan:

*Les doux parler des amants
c'est fumée!
Leurs transports, leurs transports et leurs serments
c'est fumée!
Dans l'air nous suivons des yeux
La fumée
La fumée
La fumée
La fumée*

La dulce conversación de los amantes
itodo es humo!
Su embeleso, su embeleso y sus promesas
itodo es humo!
Contemplamos el humo que asciende por el aire
(Bizet II).

Una de las primeras veces que se menciona la palabra *cigarette* en la literatura francesa es en “Les Salons de 1848”, de Baudelaire. El sufijo *-ette* añade una pequeña connotación femenina al nombre masculino, *le*

cigare. La palabra, como el objeto, aparece en el texto de Baudelaire entre los perezosos dedos de las *lorettes* –prostitutas de clase baja que se asocian con el barrio de los alrededores de la Iglesia de Notre Dame, en el Distrito Noveno–, mujeres a las que Baudelaire, en sus visitas a los barrios bajos, observa en sus poses de cínica, lánguida y melancólica belleza: “Aparecen postradas, en actitud de desesperado aburrimiento... fumando cigarrillos para matar el tiempo” (vol. 2, 721). El cigarrillo mata el tiempo, el tiempo cronométrico, la rígida y mecánica medida de mortalidad cuyo infatigable tic-tac aterroriza a Baudelaire en el poema titulado “L’ horloge”, que anuncia la muerte entre susurros. Los momentos que el reloj registra no son una mera sucesión de “ahoras” sino un *memento mori* que reduce el número de segundos que faltan para la muerte. Pero el cigarrillo interrumpe e invierte el declive, realiza una pequeña revolución en el tiempo, pues parece instalar, aunque muy brevemente, un tiempo fuera de sí mismo. En esos días de junio de 1848, Baudelaire dice haber visto revolucionarios –tal vez él era uno de ellos–, recorriendo las calles de París, armados con fusiles y disparando contra todos los relojes. El hecho de fumar cigarrillos, como se demostrará en los capítulos siguientes, está permanentemente ligado a la idea de interrumpir el paso del tiempo ordinario e instituir otro, más penetrante, en condiciones de exuberante indiferencia y resignación hacia eso que para una sensibilidad poética constituye una atracción irresistible.

Un cigarrillo define al fumador, como el poema al poeta. Al leerlo, oímos al fumador mantener una conversación lírica con el cigarrillo, dentro de los límites sintácticos y léxicos determinados por un código cultural del tabaco ampliamente reconocido. Con su cigarrillo, el fumador ejecuta una danza sutil o entabla un diálogo que acompaña a cada gesto y cada palabra. Al ser sacado de su paquete y fumado, el cigarrillo escribe un poema, canta un aria o interpreta una danza, narrando una historia con signos jeroglíficos en el espacio. Enfundado en su pulcro traje de papel, el cigarrillo es más sutil, discreto y sereno que el puro desnudo, apetecido por psicoanalistas y hombres rudos y exuberantes. El fumador ejecuta un tango inconsciente con el cuerpo del cigarrillo, cuya belleza hace hermoso al fumador y cuyo poder éste absorbe. El cigarrillo es análogo a lo que los lingüistas llaman un *shifter*, como la palabra Yo; este recurso que expresa la irreductible particularidad de mi yo más íntimo es universal y está a disposición de todos los hablan-

tes, convirtiéndose así en la cosa menos particular del mundo. El fumador manipula el cigarrillo, como la palabra Yo, para contarse a sí mismo historias sobre sí mismo, o contárselas a otro.

Muchos autores han comprendido el uso de los cigarrillos como instrumento de eso que frecuentemente se llama comunicación. Fumar lleva implícito todo un lenguaje de gestos y actitudes que todos hemos aprendido subliminalmente a traducir y que los directores de cine han utilizado sagazmente con la intención explícita de definir personajes y desarrollar la trama. Los buenos observadores advirtieron hace ya tiempo que, en las películas, los cigarrillos no sólo se ven, sino que se leen como subtítulos, traduciendo la acción de la pantalla a otro lenguaje que la cámara registra, aunque rara vez sitúa en primer plano. Es el signo de todo lo que la cámara ve sin anunciar que lo ve. El cigarrillo en la escena actúa como subtexto, como una especie de pie o subtítulo mudo, a veces acompañando y otras contradiciendo o desviando las premisas explícitas de la acción o el significado claro de los signos. Su presencia en el cine puede ser incluso más compleja si aceptamos que el cigarrillo no es un mero accesorio sino un personaje de la escena, y a veces no es un mero personaje, sino el actor principal. En algunas películas, la presencia de los cigarrillos es tan persistente que éstos llegan a interpretar un papel propio, incluso un papel protagonista, con actitud y personalidad, y hasta con voz. La demostración de esa posibilidad de “cigarrillismo” la dejaremos para el capítulo que analiza la función de los cigarrillos en *Casablanca*, una película en la que todos, menos Ingrid Bergman, fuman constantemente, apasionadamente, de un modo muy significativo.

En la colección de fotografías de Jacques-Henri Lartigue de 1980 llamada *Les femmes aux cigarettes*, el diálogo entre la modelo y su cigarrillo acapara claramente todo el interés de la cámara. El ingenioso, conmovedor y hermoso lenguaje de los cigarrillos va unido al modo en que determinan la pose de la mujer, el “aire” que ésta adopta. La pequeña e invisible brasa, el fuego en el extremo del cigarrillo es el otro espíritu, la otra alma invisible de la fotografía, el otro aspecto de la vida en relación con el cual la modelo compone su pose, conversando con el cigarrillo, por así decir, con el lenguaje que su cuerpo habla durante ese proceso de preparación, de adaptación a ese punto incandescente situado en el extremo del cigarrillo. Las historias que cuenta un cigarrillo pueden armonizar a la perfección con las que cuenta la persona que está fumando, pero tam-

bién pueden convertirse en la máscara del fumador, o traicionarlo, revelando relatos y motivos que él apenas sospecha. Con esta colección de fotografías, Lartigue es tal vez el primero en definir los parámetros de un repertorio de gestos que acompaña a la mujer fumadora, un idioma y una sintaxis que determinan un código implícito pero perfectamente comprensible para comunicar lo que en el último capítulo de este libro yo llamo “l’air du temps”.

Pero el cigarrillo es más que un mero espejo en el que se refleja la subjetividad del fumador. No es tan sólo un objeto que se sostiene entre los dedos; hay que considerarlo un sujeto, una criatura viva dotada de cuerpo y espíritu propios. El cigarrillo no es un mero poema, sino un poeta: la ardiente brasa es el corazón de un ser vivo, de un ser afeminado, puede que incluso femenino, dotado de abundantes recursos de seducción y diversos poderes para concentrar la mente. No hay nada extravagante en el hecho de considerar el cigarrillo como un demonio, una pequeña divinidad, una *déesse* menor; los indios americanos, de los iroqueses a los aztecas, consideraban el tabaco como un dios. Los romanos, con su enorme panteón, habrían convertido el primer cigarrillo de la mañana en una pequeña diosa, especula Paul Valéry: “De haberlo conocido, lo habrían llamado ‘Fumata Matutina’. Por desgracia para ellos, “el tabaco es el único placer [*volupté*] que los romanos no conocían” (Louÿs, citado en Alyn 54).

¿Cómo reconciliar la divinidad del cigarrillo con la demonización de que está siendo objeto por parte de las fuerzas antitabaco? “Lady Nicotina” no es una mujer sino un “pequeño diablo blanco” extraído de la “planta del demonio”, según el Reverendo George Trask, fundador de la Liga Antitabaco de Massachusetts, quien, antes de la Guerra de Secesión, logró prohibir el consumo público del tabaco en Boston (Rival 210). De hecho, cabría preguntar, ¿cómo es posible insistir en las bondades del tabaco cuando el ex ministro Everett Koop denuncia su venta en el extranjero como “exportación de enfermedad, incapacidad y muerte” (*International Herald Tribune*, 8 de agosto, 1989)? Es sabido que a nadie le ha gustado el primer cigarrillo, y que nadie —al menos desde el siglo XVI, cuando los médicos, tan caprichosos como siempre, lo consideraban la panacea, el equivalente farmacéutico de la piedra filosofal— ha dicho jamás que el tabaco fuese bueno.

Los historiadores del tabaco observan con frecuencia que el antitabacismo surgió con la llegada del tabaco a Occidente y que ha acompa-

ñado su universalización en todo momento. Pero, por supuesto, las primeras objeciones al tabaco obedecían más a criterios morales que médicos. El clero comprendió al instante que se trataba de una droga que alteraba la mente; de una poderosa fuente de placer y consuelo que amenazaba competir con sus propias panaceas opiáceas. Mientras que el tabaco era un dios para los indios —quienes se lo proporcionaron a los españoles— para la mente cristiana no tardó en convertirse en otro animismo diabólico.

Bartolomé de las Casas, que acompañó a Colón en 1498 y 1502, fue uno de los primeros religiosos que observaron los efectos del tabaco. En su *Historia de las Indias* ofrece la primera prueba documental de la existencia de los cigarrillos y, con notable clarividencia, anticipa de manera sucinta las principales cuestiones morales que afectarán a la salud pública durante los siguientes cuatrocientos años. Se expresa en los siguientes términos:

Son ciertas hojas secas envueltas en otras hojas, también secas, parecidas a esos petardos que los niños construyen en Pentecostés. Se encienden por un extremo y se chupan por el otro, o bien se inhalan para introducir en los pulmones ese humo con el que adormecen el cuerpo y casi se embriagan. De este modo dicen que no sienten fatiga. Ellos llaman tabacos a estos petardos, o como queramos llamarlos. He conocido a españoles en La Española [Santo Domingo/Haití] que se habituaron a consumirlos y que, cuando les recriminaron, diciendo que se trataba de un vicio, contestaron que eran incapaces de dejarlo. No sé qué aroma o qué sabor encuentran en ellos. (Citado en Rival II).

No es de extrañar que Bartolomé de las Casas no fuese capaz de apreciar los encantos del tabaco, puesto que no había adquirido el hábito de fumar. Los moralistas se apresuran a concluir que fumar —como cualquier otra actividad que se realiza de modo compulsivo, resulta irresistible, produce narcosis e intoxicación y anula mágicamente el dolor y la fatiga del trabajo— ha de ser forzosamente demoníaco. Pero, como filósofo, Bartolomé de las Casas decide probarlo, y una vez que ha cedido al nuevo vicio, afirma que ni siquiera sabe bien. Ned Rival, el gran historiador moderno del tabaco, confirma la ausencia de textos que ensalcen el sabor

de los cigarrillos. Rival escribe: “Es sorprendente observar que en la prehistoria del tabaco fumar rara vez se evoca como una actividad placentera o relajante. Como mucho, los cronistas insisten en el hecho de que el tabaco calma el hambre, aplaca la fatiga y produce intoxicación... pero en ninguna parte dicen que sea agradable al gusto o al olfato” (Rival 36).

El rey Jaime I escribió en latín *Misocapnus, sive De abusu tobacci* (Réplica al abuso del tabaco), en 1604, lanzando sus dardos contra el despreciable hábito que sus súbditos estaban adquiriendo. “El hábito de fumar”, dice el rey, “es desagradable para la vista, repulsivo para el olfato, peligroso para el cerebro y nocivo para los pulmones, y el humo que envuelve al fumador es tan sucio como el humo del infierno” (Jaime I 27). Con este texto, el rey estaba también afilando sus cuchillos contra sir Walter Raleigh —ese noble pirata que arrasó el Caribe; el hombre que introdujo el tabaco de Virginia en Inglaterra; el valiente favorito del odiado predecesor del rey Jaime; un símbolo de los nuevos placeres y las nuevas perspectivas que la época isabelina había aportado a la severidad religiosa de la Inglaterra del siglo XVI⁵—, a quien ordenó decapitar bajo sospecha de traición. Pero sir Walter se negó a dejar su pipa y siguió fumando hasta que su cabeza cayó al suelo. De hecho, se dijo: “Ningún hombre podría morir con más dignidad que Raleigh. Camino del patíbulo, cogió el hacha, y pasando un dedo por el filo dijo: ‘Es una medicina muy fuerte, pero cura cualquier mal’” (Blair, citado en Rival 33). La filosofía de la salud implícita en el jocoso comentario de Raleigh y su relación con el tabaco constituyen el núcleo del capítulo 3, donde se plantea e interpreta nuevamente esa misma filosofía en la obra de Italo Svevo.

Al igual que otros déspotas, como Luis XIV, Napoleón o Hitler, Jaime I despreció el hábito de fumar y demonizó el tabaco. La relación entre tiranía y la represión del derecho a cultivar, vender, o consumir tabaco se aprecia más claramente en el modo en que los movimientos de liberación y las revoluciones políticas y culturales han situado siempre estos derechos entre sus principales demandas políticas. La historia de la lucha contra los tiranos ha sido con frecuencia indisoluble de la lucha en nombre de la libertad para fumar, especialmente durante las revoluciones francesa y estadounidense. La temprana historia política de Estados Unidos —desde la llegada a Virginia de los primeros colonos ingleses (que sobrevivieron gracias al comercio del tabaco) hasta la lucha revolucionaria contra los impuestos de la Corona— se forjó en nombre del derecho y la libertad de

cultivar y usar el tabaco, sin ningún tipo de imposición por parte del Estado. Los gobiernos siempre han intentado controlar el uso del tabaco, por razones relacionadas con eso que Napoleón, el primero en crear un monopolio estatal del tabaco, llamaba su eminente imponibilidad: se trata de un lujo adictivo por el que pagarán hasta los más pobres. Pero las razones tal vez tengan que ver con la tendencia moralizante de estos déspotas y con su alérgica reacción a cualquier acto individual de libertad de expresión. A Napoleón, como a Luis XIV o a Hitler, le disgustaba enormemente el hecho de fumar. Hitler odiaba el tabaco de un modo fanático y supersticioso; dicen que Mussolini fue el único a quien consintió fumar en su presencia. En el Tercer Reich, y durante la guerra, había carteles por todas partes en los que se decía: "*Deutschen Weiben rauchen nicht*" [Las mujeres alemanas no fuman]. Pero la realidad contradecía ampliamente esta máxima. No hay ningún lugar en el mundo en el que la gente no fume si tiene permiso para ello.

La prueba más reciente de la relación entre tabaco y liberación la ofrece la batalla que las mujeres han librado durante el presente siglo. Tal vez no sea casualidad que en abril de 1945 las mujeres obtuviesen el derecho al voto en Francia, dos semanas después de recibir su ración de cigarrillos por primera vez desde la guerra. De todos modos, se les asignó sólo una tercera parte de lo que recibían los hombres: el camino es largo y aún queda mucho por andar. En la Conclusión me propongo revisar los resultados de un estudio sanitario realizado por la Comunidad Europea que demuestra que las mujeres europeas fuman mucho más en los países en los que están más liberadas de la función que tradicionalmente han desempeñado en la sociedad. Este hecho aporta credibilidad a la sospecha de que parte del empuje de la actual ola de antitabaquismo tiene su origen en su misoginia oculta o su antifeminismo.

Los estadounidenses de hoy, que, como siempre, olvidan su propia historia y han llegado al paroxismo en lo que a sus sentimientos antitabaco se refiere, creen que se trata de una invención suya. A principios de siglo, así como en los años veinte y treinta, ciertas fuerzas políticas muy poderosas combatían "la hierba demoníaca". Entonces, al igual que ahora, las protestas en nombre de la salud de los ciudadanos servían para encubrir objeciones de tipo moral, pues los censores siempre definden sus prohibiciones aduciendo el daño que determinada forma de expresión o placer puede infligir a la sociedad en su conjunto. La belleza

y los beneficios de los cigarrillos han sido reprimidos y olvidados en Estados Unidos, donde el clima de opinión abarca, en abstracto, desde formas implícitas de rechazo social a leyes que prohíben fumar en todos los vuelos nacionales. Esto último es un signo de los peligrosos extremos que alcanza la cruzada contra el tabaco para negar a otros la libertad de disfrutar del consuelo y la confianza que los cigarrillos proporcionan en situaciones de estrés o de angustia. Muchas personas que no fuman normalmente empiezan a fumar en momentos de crisis personal o pública, en situaciones de gran ansiedad que requieren autocontrol y concentración. Hoy en día, en ningún lugar se alzan voces que defiendan las múltiples ventajas psicológicas y sociales del tabaco, su valor cultural o su fuerza estética, como ocurre en tiempo de guerra. Pero el círculo gira con el tiempo. Este libro parte del presentimiento de que el actual clima puede cambiar, tal vez suavemente, como resultado de la moda –efecto de un oscuro proceso de evolución cíclica de la historia–, tal vez violentamente, bajo la presión de amplias tensiones sociales. Estados Unidos no necesita esperar a que ocurra una gran catástrofe para redescubrir los beneficios sociales del tabaco o apreciar su importante contribución a la modernidad, y para continuar su romance con los cigarrillos, ese regalo que esta nación le ha dado al mundo. Este cambio podría sobrevenir de repente, a modo de venganza, en un momento en que la sociedad necesite el máximo control colectivo contra la ansiedad.

Para evocar un clima de opinión distinto del actual basta con recordar el valor que tenía un cartón de cigarrillos, por ejemplo en Europa, en 1945. Los cigarrillos servían entonces –como el tabaco para los primeros pobladores de Virginia, y más tarde para Lewis y Clark– como moneda de cambio universal, el “Patrón Dorado”, tan valioso como el oro. George Washington escribió al Congreso Continental: “Si no podéis mandar dinero, mandad tabaco”. (Rival 188). Lewis y Clark lo usaban como principal objeto de intercambio con los indios. En Drancy, el campo de concentración francés, la víspera de las partidas una sola calada a un cigarrillo costaba diez francos; dos cigarrillos enteros, cien francos.

El mundo puede hoy mostrarse agradecido por la precisión y la insistencia con que los médicos le recuerdan los peligros del tabaco; ése es su trabajo. Pero lo que resulta sospechoso es que el uso que se hace de esa información es claramente desproporcionado con respecto a los peligros que el tabaco entraña, en particular para los fumadores pasivos.

Los cigarrillos se han convertido en el fetiche de las prohibiciones puritanas, como las que en el pasado restringían periódicamente las libertades y censuraban el placer en nombre de la salud y el bienestar colectivo, pero siempre con la oscura intención de reforzar el control estatal u ocultar otros intereses. No hace mucho tiempo, el ministro de sanidad censuraba la publicidad del tabaco precisamente durante la semana en que el jefe de personal de la Casa Blanca se mostraba más benévolo con el cumplimiento de la ley del aire limpio. El apasionado exceso de celo con que se estigmatiza a los cigarrillos en todas partes puede ser una señal de que se están liberando otras pasiones más intensas, subterráneas y peligrosas, que amenazan directamente nuestra libertad. La libertad de fumar debería entenderse como un símbolo de todas las libertades, y cuando se ve amenazada, deberíamos comprobar al instante qué otros controles se están endureciendo. La actitud de una sociedad hacia la libertad de fumar es un indicio de cómo se interpretan los derechos de las personas en general, pues en cualquier momento, en todo momento, entre un 25% y un 50% de los adultos del mundo entero está fumando cigarrillos. La cuestión de la relación entre la libertad de fumar y las libertades generales de la sociedad es difícil de demostrar, pero este libro sugiere que no debería desligarse nunca.

Una de las muchas paradojas que rodean al tabaco es que esta droga, que calma y excita al mismo tiempo, es también, a la vez, combatida y subvencionada por el gobierno federal. En el preciso instante en que Jimmy Carter, con los ojos llenos de lágrimas, juraba a un grupo de agricultores de Carolina del Norte que jamás recortaría las ayudas a la producción de tabaco, Joseph Califano, jefe del Departamento de Salud, Educación y Bienestar Social, lanzaba una campaña de 50 millones de dólares –la más importante de la historia– en contra del tabaco. Este libro pretende demostrar la coherencia que subyace bajo esta aparente contradicción: una lógica más profunda de lo que el concepto de “sublime” permite apreciar.

En 1856, un periódico llamado *Paris fumeur*, dedicado al tabaco, tenía el siguiente lema: “*Qui fume prie*” [Fumar es rezar]. Para muchos escritores modernos, en particular Annie Leclerc en *Au feu du jour*, “El cigarrillo es la oración de nuestro tiempo” (49). El momento de coger un cigarrillo abre un paréntesis en la experiencia ordinaria, inaugura un espacio y un tiempo en el que la atención se ve reforzada y se experimenta un senti-

miento de trascendencia, evocado mediante el rito del fuego, el humo y la ceniza, que relaciona mano, pulmones, respiración y boca. El cigarrillo proporciona un breve flujo de eternidad que modifica la percepción, aunque muy levemente, y permite, siquiera por un instante, alcanzar el éxtasis fuera de uno mismo.

Recientemente se han aprobado leyes contra el consumo de tabaco en lugares donde hace trescientos años vivían y fumaban los indios, para quienes el tabaco formaba parte de un ritual que unía al individuo con la tribu y la memoria colectiva de sus antepasados, los guardianes de los mitos de su identidad. Cuando la dignidad religiosa del tabaco quede completamente oscurecida, habremos perdido el derecho de rezar en público. La libertad de fumar no puede protegerse mediante la protección constitucional de la religión. Este libro pretende ahondar en mucho de lo que encierra el rito de encender un cigarrillo.

Las fuerzas desplegadas en contra del tabaco apenas son conscientes de la ironía histórica de su posición. Son incapaces de ver que su movimiento forma parte de la alianza permanente y paralela entre el tabaco y el antitabaquismo, que ha persistido a lo largo de toda la historia de la universalización del tabaco. Es como si, no sólo los censores, sino también los censurados, no sólo los antifumadores, sino también los fumadores, necesitasen la continua hostilidad del contrario para seguir existiendo.

Las fuerzas antitabaco de este país no han conseguido aún prohibir los cigarrillos; de momento sólo han cambiado el valor de los signos que los rodean. Este libro nos recuerda la cara oculta de los cigarrillos, ese otro lado que el actual clima de rechazo social al tabaco ha logrado todo menos eliminar. Por un momento se propone anular la revocación de la sentencia y, en lugar de censurar los cigarrillos, alabarlos, no sólo para recomendar su consumo o minimizar sus daños sobre el organismo, sino también para recordar que, pese a sus muchos perjuicios, ampliamente proclamados y conocidos desde siempre, tiene beneficios universalmente reconocidos por la sociedad. Estos beneficios están relacionados con el tipo de alivio y consuelo que proporcionan los cigarrillos, con su mecanismo regulador de la ansiedad y favorecedor del trato social. Además, estimulan la concentración y, por ende, permiten un mayor rendimiento en actividades de índole muy diversa.

Sin embargo, este libro no pretende alabar los cigarrillos por su utilidad, sino más bien por eso que Théodore de Banville llama su “futili-

dad". Es su inutilidad lo que garantiza su atractivo estético: ese sublime, oscuro y hermoso placer que los cigarrillos proporcionan a los fumadores. Se trata de un placer democrático, popular y universal; de una forma de belleza que tanto la alta cultura como la cultura popular han reconocido y celebrado de modo explícito durante más de un siglo, tanto en la prosa como en la poesía, en imágenes fijas y en movimiento. La aceptación de la belleza de los cigarrillos es tan amplia que tal vez parezca que este libro pretende defenderlos en serio, como si fuesen uno de los productos más interesantes y significativos de la modernidad. Tal es la conclusión, como veremos más adelante, a la que llega la heroína de Pierre Louÿs en "La volupté nouvelle". Louÿs seduce al lector explorando la vida de belleza que los cigarrillos inspiran incluso en las condiciones más tristes y humildes, por no hablar de las más elegantes y refinadas.⁶ Las complejas funciones que desempeñan en las vidas de los individuos y el trato social han quedado sofocadas bajo el valor negativo con el que habitualmente se asocian, hasta el punto de avergonzar a los fumadores, incitándoles cada vez más a ocultar su hábito. Si fumar fue en otro tiempo un acto de desafío, hoy provoca por lo general un sentimiento de culpa, aunque el desafío y la culpa siempre han pertenecido a la psicología del tabaco, en tanto que maneras violentas de transgredir la prohibición de un tabú. El tabaco se ha identificado siempre con lo ilícito; muchos de los textos analizados en este libro aluden a las condiciones en que se produce la iniciación al tabaco, que normalmente tiene que ver con el robo o el quebrantamiento de otras normas.

Para ensalzar el tabaco es difícil adoptar un tono retórico que resulte convincente. Los cigarrillos son cosas triviales, desagradables, poco aptas para fines elegíacos. Hoy en día son tan denostados, tan demonizados que difícilmente se puede ofrecer un argumento sensato acerca de sus virtudes y sus defectos; su sola mención está cargada de connotaciones negativas. En estas circunstancias, es preciso recurrir a la hipérbole, esa figura retórica que aumenta exageradamente aquello de lo que se habla: uno no se pasa de la raya para engañar mediante la exageración sino para poner de manifiesto el auténtico valor de algo cuya verdad no se valora lo suficiente.⁷ La validez de la hipérbole, la verdad que la exageración puede transmitir en ocasiones, se basa en un principio ampliamente reconocido por los tiradores: hay veces en que apuntar más allá del blanco es la única manera de acertar el tiro. Hoy en día es

imposible elogiar los cigarrillos sin parecer perverso; así pues, nos vemos obligados a exagerar nuestros elogios con la esperanza de que el lector, ante los excesos de la hipérbole, no desprecie la extravagancia sino que devuelva su valor real a algo que ha quedado excesivamente degradado. El esfuerzo de imaginación necesario para elogiar el tabaco más de lo que merece nos permite medir hasta qué punto ha perdido valor. Decir que los cigarrillos son sublimes establece una relación que nos permite concluir que no son sencillamente pésimos. Erasmo inventó el problema retórico cuando escribió su *Elogio de la locura*.

Para realizar esta tarea un escritor necesitaría una musa, pues nada de lo que pudiera inventar tendría el tono necesario para cantar las alabanzas de algo condenado y despreciado en todas partes. Zeno, el narrador de la novela de Svevo, se enfrenta al mismo dilema y comienza su diario con una invocación: “*Non so come cominciare et invoco l’assistenza delle sigarette tutte tanto somiglianti a quelle che ho in mano*” [No se cómo empezar e invoco la ayuda de todos los cigarrillos similares al que tengo en la mano] (Svevo 4).

La musa del tabaco acompaña con frecuencia a la escritura. Autores como el Zeno de Svevo suelen coger pluma y pitillo, mojando la pluma en el tintero y fumando alternativamente. En *Tabac, miroir du temps*, Ned Rival reproduce viejas tarjetas de San Valentín en las que se ve a hombres con cigarrillos, sentados frente a un escritorio, y con una burbuja de humo flotando sobre la cabeza, en la que aparece la imagen de la amada. Al inhalar, el cigarrillo ofrece al escritor la inspiración que le permite invocar la imagen amada, representada en una efusión lírica: una musa reciente en la tradición que se remonta a Petrarca. El cigarrillo es una mujer: la palabra, el concepto y el objeto se identifican desde sus orígenes con cierto tipo de femineidad, y no han faltado poetas que han escrito sonetos y odas alabando su oscura y moderna belleza.

Hoy en día resulta difícil imaginar una oda a los cigarrillos como la que escribió Jules Laforgue en 1861, que lleva por título “La cigarette”, donde se reitera una de las primeras identificaciones de los cigarrillos con mujeres hermosas y peligrosas, con *lorettes*, o *grisettes*, o *Bohémiennes*.⁸ Alabar el tabaco es como componer un ramo de *Flores del mal*, donde la belleza que se ensalza no provoca las habituales sensaciones estéticas de satisfacción y reposo, sino placeres turbulentos y amenazantes; exalta algo que no debería ser exaltado (si alabar significa siem-

pre ensalzar lo que es bueno, lo que es digno de elogio). Es un gesto inevitablemente hipócrita, destinado a circunvenir la hipocresía del lector, que oculta con su buena conciencia pública esa verdad que tan bien conoce: el perverso encanto de lo peligroso, feo y vergonzoso. En el primer capítulo de este libro, titulado “¿Qué es un cigarrillo?”, se ofrece una especie de definición de la noción o el concepto de cigarrillo, con la ayuda de un filósofo y un poeta. La definición surge de la reflexión de Sartre sobre el tabaco en *El ser y la nada* y del poema “Cigarrillos”, de Théodore de Banville, incluido (al término de una vida dedicada al ideal parnasiano de poesía pura) en un volumen publicado a finales del siglo XIX bajo el título de *El alma de París*. En el capítulo segundo, “Los cigarrillos son sublimes”, se evoca su belleza a través de diversos poemas que celebran lo sublime del tabaco y lo describen en términos similares al análisis que de lo sublime hace Kant en su *Crítica del juicio*.

El capítulo tercero, “La paradoja de Zeno”, propone una atenta lectura del primer capítulo de la gran novela de Italo Svevo, que en italiano lleva por título “Il fumo”. Esta novela, escrita a modo de memoria terapéutica, se presenta como la historia de un fumador escrita por él mismo, según el modelo del psicoanálisis. Pero en lugar de evocar sus primeros recuerdos de la infancia, el narrador, Zeno, comienza por su primer cigarrillo, creando lo que él llama el “fumoanálisis”. Esta terapia de Zeno a través de la escritura plantea con sorprendente rigor la cuestión del concepto de salud, una palabra tan utilizada que su aparente evidencia determina de antemano cómo entiende la sociedad el uso y el abuso del tabaco. Zeno nos hace replantearnos la relación del tabaco con la salud dando repaso a una vida cautivada por la ociosa empresa de dejar de fumar. Finalmente descubre que la verdadera salud está en la muerte, y no en la vida, conclusión que lo lleva a reinterpretar el valor de los malos hábitos, los parásitos y la enfermedad.

Una mujer puede ser hermosa; una mujer gitana es sublime. Para Nietzsche, la gitana, cuyo ideal encarna la Carmen de Bizet, es la representación fatal de la pasión mediterránea, muy superior a los frígidos espíritus que habitan las brumas norteanas de Richard Wagner. Nietzsche escribe sobre la música de Bizet como si hiciese una descripción de la propia Carmen: “Esta música de Bizet me parece perfecta. Posee un encanto, una ductilidad y un brillo especiales. Es amable; no te hace sudar. Todo lo bueno es liviano; lo divino se desliza sobre delicados

pies: primer principio de mi Estética. Esta música es irreverente, refinada, fatalista: sin embargo, sigue siendo la música de una raza, no de un individuo. Es rica. Es precisa.” (carta desde Turín, mayo de 1888). La lectura que de la música de Bizet hace Nietzsche se traslada a un lenguaje que evoca de inmediato las cualidades asignadas por el narrador al personaje de Carmen en la historia original de Merimée, en la que se basa el libreto de la ópera. La primera vez que aparece Carmen, con esa belleza casi irreal, es también la primera vez en la historia de la literatura que una mujer acepta un cigarrillo. Este libro se propone demostrar, entre otras cosas, que la fascinación del mito de Carmen reside en su asociación con la belleza inherente a los cigarrillos, que comenzaban a introducirse en la Francia bohemia cuando se escribió esta novela.

En el capítulo 4, “El diablo en Carmen”, volvemos, tras analizar la novela de Merimée en relación con la ópera de Bizet, a otro personaje de diabólica femineidad –Thérèse Desqueyroux, la sublime bruja de la sombría novela de François Mauriac– que envenena a su marido burgués para liberarlo de una vez por todas de su complaciente fariseísmo. Mauriac la llama Sainte Locuste –versión sacra del pérfido boticario de Nerón–, con el fin de destacar la trascendencia negativa que supuestamente representa (en opinión de Sartre con demasiada complacencia). Esta mujer fuma tres paquetes de cigarrillos al día y prácticamente en todas las páginas de la novela se ofrece, se fuma, se consume, se ama o se odia el tabaco. En una novela –puede que no siempre en la vida– cada cigarrillo es importante; la lectura de *Thérèse Desqueyroux* nos inicia en el código literario de los cigarrillos, entendido como un discurso organizado y dotado de sus propias convenciones, sus propias reglas y su propia sintaxis.

La pasión y el riesgo asociado a los cigarrillos quedan simbolizados en la trágica pareja de Carmen y Don José: la gitana y el soldado. Juntos actúan como doble foco elíptico de los capítulos cuarto y quinto. Su relación mítica sigue hoy plenamente viva gracias a las dos marcas de cigarrillos franceses más famosas: Gitanes y Gauloises. Las dos fueron creadas en 1910, poco antes de la Primera Guerra Mundial. Gitanes fue el primer cigarrillo moderno, de aroma más suave y elegantemente empaquetado. Los Gauloises se llamaron Holandeses hasta que una marca extranjera del mismo nombre obligó a la francesa a cambiar el suyo. El paquete se pintó de un azul patriótico, el color del *poilu* o del uniforme del soldado francés: “*le bleu des Vosges*”. Más tarde se añadió al paquete un casco galo,

rodeado por un círculo de eslabones. El capítulo 5 estudia el papel de los cigarrillos en la guerra a través de seis grandes novelas, desde la Primera Guerra Mundial hasta la (imaginaria) Tercera. El cigarrillo es el mejor amigo del soldado: consuela, alivia el hambre y la fatiga, relaja e infunde valor en la batalla. La novela de Erich Maria Remarque que lleva por título *Sin novedad en el frente* es el modelo en que se basan la mayoría de las novelas bélicas escritas en el siglo XX. Por esta razón, y porque los cigarrillos desempeñan en ella una función clave, ésta es la obra maestra a través de la cual se leerán todas las demás.

El tabaco sirve para matar el tiempo. Baudelaire habla de mujeres “*fumant des cigarettes pour tuer le temps, avec la résignation du fatalisme orientale*” [que fuman cigarrillos para matar el tiempo, con la resignación propia del fatalismo oriental] (vol. 2, 721). Este tópico (no todos los orientales son fatalistas) puede tener su origen en la estereotipada comparación “fumar como un turco”; y tiene su compensación hiperbólica en el desmedido valor que Baudelaire atribuye a la “resignación” de estas mujeres. Baudelaire lo entiende como condición de una especie de heroísmo elegante, un triunfo sobre las formas vulgares del egotismo, una superación de la acuciante multitud de deseos y temores. Para Théodore de Banville, el cigarrillo fomenta una resignación que, al ser totalmente opuesta a la ambición, está directamente relacionada con la expresión poética. El capítulo sexto, “l’air du temps”, podría llamarse también “Pero yo no inhalé”. Este capítulo evoca la oscura y utópica ambición del fumador que consiste en disfrutar de todos los placeres del tabaco sin ninguna de sus consecuencias nocivas.

Al parecer, nada que guarde relación con los cigarrillos es sencillo. Los cigarrillos encierran en muchos sentidos una doble contradicción. Aceleran y deceleran el pulso, calman a la vez que excitan, favorecen la ensoñación y la concentración, son superficiales y profundos, soldado y gitana, odiosos y deliciosos. Los cigarrillos son una amante hermosa y cruel; pero también son un fiel compañero. La conflictiva naturaleza del placer que proporcionan, tanto sensual como estético, y la duplicidad de su valor social y cultural son consecuencias de sus efectos psicológicos, sorprendentemente opuestos. El Zeno de Svevo es el modelo moderno de las muchas paradojas que plantea el análisis del tabaco. El breve poema de Machado (usado como epígrafe de esta introducción) afirma que la vida es un cigarrillo. Uno de los principales objetivos de

este libro es reflexionar sobre las posibilidades ocultas en esa metáfora. Las metáforas iluminan lo desconocido comparándolo con lo conocido. Si tomamos en serio la metáfora de Machado comprenderemos rápidamente que para que algo sea una metáfora de la vida ha de ser vasto, profundo y misterioso, aunque normalmente parezca trivial, superficial y familiar. Saber que la vida es un cigarrillo puede dar respuesta sólo a algunas de las cuestiones que la vida plantea, pero convierte al cigarrillo en objeto de infinitas consideraciones. La respuesta que la metáfora supuestamente proporciona encierra un nuevo enigma que este libro se propone explorar. Así pues, nos ocuparemos con suma atención de las condiciones que nos permiten invertir la proposición de Machado, los momentos en que parece, no que la vida sea un cigarrillo, sino que un cigarrillo es más que la vida. Banville se siente fascinado por el absolutismo del “auténtico fumador”, una especie de “dandi” del tabaco que dedica cada uno de sus momentos de vigilia, con elegancia y disciplina sumas, a su consumo: fumar, por ejemplo, entre cucharada y cucharada de sopa, o incluso, dice (¡imagínense!), en lugar de hacer el amor.

Banville admira la absoluta futilidad del hábito, aun cuando no desea pagar su precio; pero no obstante reconoce, en la altiva indiferencia que el cigarrillo fomenta, una figura de la más elevada forma de vida artística. A fin de cuentas, fue él quien dio al siglo la frase “*L’art pour l’art*”, que Baudelaire esgrime como arma en contra del utilitarismo cultural. La autosuficiencia tautológica de la formulación, no menos que la ideología estética que proclama, insinúa la fría y pulida superficie del dandi que vive, según Baudelaire, siempre frente al espejo, y cuyo perfecto autocontrol es resultado de un reflejo del yo absolutamente íntimo (“*Le peintre de la vie moderne*”, “*Le dandy*”, vol. 2. 709-12). El “auténtico fumador” pertenece para Banville a esos pocos y felices “algunos” que Machado evoca en su poema, los que, saboreando sus cigarrillos, dan a la vida su justificación estética:

La vida es un cigarrillo,
 hierro, ceniza y candela,
 unos la fuman deprisa
 y algunos la saborean.